

Encuentro con Colegios de Iglesia
S.E. Cardenal José Tolentino de Mendonça
Prefecto del Dicasterio para la Cultura y la Educación
Aula Magna del Arzobispado de Concepción
Concepción, Chile, 26 de marzo de 2026

“Identidad católica de nuestras escuelas en una cultura plural y en cambio”

Las palabras del Papa León (catorce) XIV resuenan con fuerza en nuestro interior cuando dice: «La escuela católica [...] siembra futuro» (*Dilexi te*, n. 72). O cuando recuerda que «cada generación es responsable del Evangelio y del descubrimiento de su poder seminal y multiplicador» (*Diseñar nuevos mapas de esperanza*, n. 1, 2).

Tengo ante mí una asamblea de sembradores y sembradoras de futuro, que abrazan la tarea educativa con convicción y compromiso, que la sienten como una vocación, un estilo de presencia y una misión apasionada. Permítanme agradecerles por su testimonio, permítanme alabar su contribución que realmente marca la diferencia en la vida de millones de personas, permítanme estar agradecido por su labor perseverante como mediadores culturales creíbles, como operadores del conocimiento en sus múltiples acepciones, como coreógrafos de la esperanza. Ustedes representan un recurso del que la Iglesia se enorgullece, y es una alegría poder saludarlos en este pequeño y fraternal encuentro.

En la Carta Apostólica que el Papa ha dedicado a la educación, el Santo Padre elige el término «constelación» para describir esta gran realidad que convierte a la Iglesia en el principal proveedor educativo a nivel mundial. Y explica: «Hablo de “constelación” porque el mundo educativo católico es una red viva y plural. [...] Cada “estrella” tiene su propio brillo, pero todas juntas trazan una ruta» (n. 8.1). A sesenta años de la Declaración conciliar *Gravissimum Educationis*, y siguiendo su estela, se nos anima a leer el tiempo presente reaccionando con creatividad ante sus problemas y emergencias, reconstruyendo la confianza en un mundo desgarrado por polarizaciones y conflictos, convencidos de que la educación es el nuevo nombre de la paz; es una

palanca efectiva para la justicia social y para la salvaguarda de la dignidad de la persona humana.

¿Cómo no sentir, precisamente porque los tiempos son difíciles y nos enfrentamos a situaciones históricas sin precedentes, que ha llegado el momento de renovar nuestro compromiso? Hay un pacto de futuro que debemos poner en marcha también en nombre de la profecía educativa de la que somos herederos, pues no podemos olvidar cuánto ha contribuido la educación católica a lo largo de los siglos al desarrollo de la idea de educación, enriqueciéndola «de manera pedagógicamente innovadora y socialmente visionaria» (n. 2.2).

Sin identidad, no hay educación. La identidad cristiana no es una etiqueta decorativa ni un adorno, sino el núcleo mismo que da sentido, método y propósito al proceso educativo. Al igual que los marineros que pierden de vista la Estrella Polar, no es de extrañar que vayan a la deriva sin rumbo fijo. Para la educación cristiana, la brújula es Cristo. Sin su luz, la misión educativa misma se vacía de significado y se convierte en un automatismo desprovisto de la capacidad transformadora que ofrece el Evangelio (cf. Rm 12,2). La identidad es el fundamento que articula la misión educativa, define su horizonte de sentido y guía sus prácticas cotidianas, tanto en la forma de enseñar como en la forma de evaluar y actuar. Cuando la identidad no informa las decisiones pedagógicas, corre el riesgo de convertirse en un adorno superficial que no logra sostener la labor educativa frente a las múltiples tensiones culturales, éticas y sociales que caracterizan nuestros tiempos de polarización y violencia. El papa León XIV insiste: «La escuela católica es un entorno en el que la fe, la cultura y la vida se entrelazan. No es simplemente una institución, sino un entorno vivo en el que la visión cristiana impregna cada disciplina y cada interacción. Los educadores están llamados a asumir una responsabilidad que va más allá del contrato de trabajo: su testimonio vale tanto como su enseñanza» (*Diseñar nuevos mapas de esperanza*, n. 5.2).

El (sexagésimo) 60º aniversario de la *Gravissimum Educationis* sirve al Papa León para pedir al conjunto de la comunidad educativa católica que, haciendo honor a «una tradición viva», se abra «hacia nuevas formas de presencia y de servicio» (n.

11.1). Somos conscientes de la magnitud de nuestros esfuerzos. Basta pensar en la creciente vulnerabilidad que percibimos en el ámbito escolar, en la crisis de las relaciones, en la inseguridad social y las desigualdades, en las ventajas y los riesgos de la inteligencia artificial. «Sin embargo –como asegura el Santo Padre–, precisamente aquí, la educación católica puede ser un faro, un laboratorio de discernimiento, de innovación pedagógica y de testimonio profético» (n. 11.1). Por eso, nos exhorta a reconocer que el imperativo más urgente es: «trazar nuevos mapas de esperanza» (n. 11.1). Mi deseo es que este encuentro pueda inspirar cartografías nuevas, fortaleciendo las sinergias y los vínculos entre los diversos procesos educativos ya existentes, motivando a nuestras diversas instituciones a converger y, por qué no, imaginando, con creatividad, nuevas alianzas. Es verdaderamente motivador lo que se nos dice en la Carta Apostólica: «La verdad se busca en comunidad» (n. 3.2) y «la unidad es nuestra fuerza más profética» (n. 8.1).

El relanzamiento del Pacto Educativo Global es una propuesta concreta de convergencia. Y, en la Carta Apostólica, el Papa León lo ha retomado con seriedad y, por ello mismo, ha incluido a las siete vías ya existentes tres prioridades, las cuales, esta tarde, me permito recordarlas textualmente, exhortándolos a que las implementen en cada una de sus realidades educativas, mediante acciones concretas. Cito al Papa: «A las siete vías añado tres prioridades. La primera se refiere a *la vida interior*: los jóvenes piden profundidad; necesitan espacios de silencio, discernimiento, diálogo con la conciencia y con Dios. La segunda se refiere a *lo digital humano*: formemos en el uso sabio de las tecnologías y la IA, colocando a la persona antes que el algoritmo y armonizando las inteligencias técnica, emocional, social, espiritual y ecológica. La tercera se refiere a *la paz desarmada y desarmante*: educamos en lenguajes no violentos, en la reconciliación, en puentes y no en muros; «Bienaventurados los pacificadores» (Mt 5,9) se convierte en método y contenido del aprendizaje» (n. 10.3).

Cuánto espero, pues, que esta asamblea se convierta en promotora de una recepción activa y una implementación entusiasta de esta Carta Apostólica; exhorto a cada uno de ustedes, a cada escuela, a cada comunidad educativa, a estudiar su

contenido mediante jornadas de reflexión y a plasmarlo en contextos concretos con decisiones valientes. En nuestras manos está el futuro de nuestra niñez y nuestra juventud y, por ende, de nuestra Iglesia y nuestra sociedad.

A todos, muchas gracias por su entusiasmo. Por su esfuerzo compartido. Que San John Henry Newman, nombrado recientemente por el papa León XIV co-patrón de la misión educativa de la Iglesia, bendiga sus personas, sus familias y sus tareas docentes y magistrales.

¡Muchas gracias!